

Leopoldo Torres Balbás

| ANTONIO GONZÁLEZ- CAPITEL MARTÍNEZ

Nació en Madrid el 23 de mayo de 1888. Fue arquitecto titulado por la Escuela Superior de Madrid en 1916, y, después, profesor y catedrático de “Historia de las Artes plásticas” y de “Historia de la Arquitectura” de la misma Escuela, puesto docente que ganó por oposición en 1931 y en el que sucedió a Vicente Lampérez, que había sucedido a su vez a Ricardo Velázquez Bosco, figuras relativamente comparables, pero a las que superó en prestigio como profesor y como historiador, y a pesar del mucho que tuvieron éstos. Como ellos, fue también restaurador de monumentos, representando en su caso la llegada y la asimilación de una importante renovación de sus criterios.

Como Lampérez, fue también erudito y escritor prolífico acerca de la arquitectura española, con numerosísimas e importantes publicaciones. Como erudito y como restaurador, fue también arqueólogo. Y del mismo modo que Lampérez había intervenido en el desarrollo de la arquitectura contemporánea con la promoción de los llamados “Estilos nacionales”, que tan estimables frutos darían en obras tan importantes como las de Antonio Palacios, Aníbal González o Leonardo Rucabado, Leopoldo Torres Balbás fue a su vez un interesante y lúcido crítico de arquitectura, escribiendo con alguna frecuencia en la revista “Arquitectura” del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, y teniendo la oportunidad de hacerlo precisamente en la época del comienzo de la arquitectura moderna en España.

Los testimonios de D. Leopoldo como profesor son los más débiles, pues el tiempo castiga con su olvido la dedicación de los profesores, por meritoria y lúcida que ésta haya podido ser¹. No obstante, podemos recordar la admiración por Torres Balbás de Fernando Chueca Goitia, su discípulo directo y sucesor en la cátedra, y completarlo también con la no menos valiosa de Rafael Moneo Vallés, de un lado, y la de Rafael Manzano Martos, de otro. Tanto Chueca como Moneo y Manzano, personalidades todas tan importantes

¹ A propósito de esto hay una referencia, entre patética y sarcástica, que debemos al propio D. Leopoldo. En la Biblioteca de la Escuela de Arquitectura de Madrid, se conserva un oficio que Torres Balbás envió al Director de la Escuela, fechado el 4 de noviembre de 1953, y que dice así: “Pongo en conocimiento de V.I. que en el día de hoy no ha asistido alumno alguno a mis dos clases.” Este era el comportamiento de los arquitectos que luego tanto construyeron en el franquismo, y que no se enteraron, o no les interesó, el hecho de que tenían como profesor a uno de los mejores historiadores de arquitectura de Europa.



Arte romano en España

y conocidas como de muy distinto carácter, vertieron con frecuencia encendidos elogios a quien consideraban precisamente como su maestro.

Bástenos, pues, estos importantes y prestigiosos testimonios en lo que hace a la actividad de la enseñanza. D. Leopoldo fue un profesor excelente, de imborrable memoria, al menos para algunos alumnos muy cualificados. Y precisamente una de las partes de su legado a esta Escuela ha sido la de la colección de transparencias, o diapositivas montadas en cristales, tanto de planos y dibujos, como de fotografías, y con cuyo auxilio impartía las clases. Fue probablemente el pionero en el uso de este vehículo moderno de enseñanza en nuestra Escuela, pues me temo que sus antecesores tuvieron que conformarse con la trasmisión mediante los esfuerzos del dibujo propio y con las descripciones. Este legado, que se atesora en la biblioteca, es de alto interés.

Como historiador, y por otro lado, la labor de Torres Balbás es tanto la más conocida como la más fácil de comprobar, pues es la que mejor se conserva, ya que, naturalmente, está contenida en sus artículos y en sus libros. Volveremos sobre ella, pero nos cumple observar ahora como esta importantísima labor como investigador ilumina directamente su trabajo como profesor, a la que estaba lógica y firmemente ligada.

Como arquitecto restaurador, en su doble vertiente práctica y teórica, es preciso destacarle como el único pensador español de su época que, habiendo asimilado y superando el gran salto que su antecesor Vicente Lampérez había dado ya sobre la interesante pero demasiado pesada y convencional tradición decimonónica de la escuela francesa, fue capaz de asimilar también, y de modo profundo, personal y crítico, el pensamiento de la moderna escuela italiana, de Boito y sus sucesores, y, en general, el pensamiento más avanzado de su época, que en alguna medida se debe también personalmente a él. Así lo demuestran sus numerosos escritos sobre restauración, algunos de los cuales son fácilmente localizables, pues se encuentran publicados en vehículos muy conocidos, como es el caso de la revista "Arquitectura", de la que fue, por cierto, jefe de redacción, colaborando con el malogrado Gustavo Fernández Balbuena. La revista "Arquitectura" (primero de la Sociedad Central de Arquitectos y luego del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid) tiene índice, por lo que resulta muy sencillo localizar estos trabajos.

En dichos escritos puede verse como el pensamiento de D. Leopoldo no era nada convencional, sino profundo, amplio e incluso ecléctico, demostrando



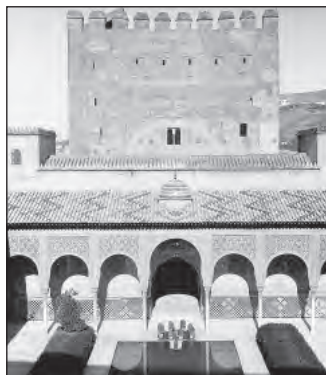
Arquitectura califal

como la asimilación de las teorías más modernas y atractivas no le seducían de forma esquemática, como suele ser tan común, siendo capaz, por el contrario, de completarlas y compatibilizarlas con otras ideas procedentes de las anteriores escuelas y pensamientos, así como con su propia y profunda formación histórica, con su muy destacada inteligencia y con su nada desdeñable sentido común.

Así se convirtió en el pensador español por excelencia en torno a la restauración y al tratamiento de los monumentos y de las ciudades históricas, siendo uno los inspiradores principales de la Ley del Tesoro Artístico Español de 1933, y el redactor de los artículos doctrinales acerca de la restauración de monumentos, entre otras cosas. Así, pues, fue quien dispuso el tratamiento mínimo y adecuado a su conservación en las obras en los monumentos, la prohibición de los “intentos de reconstitución” y de la remoción de las aportaciones históricas posteriores al monumento original. Su redacción del “artículo 12” de la citada Ley era tan escueto y tan perfecto que la Ley actual lo copió, aunque no literalmente, y, así, con menor acierto.

Como restaurador práctico, su trabajo destacó en numerosas ocasiones, pero, sobre todo, en las obras de restauración y conservación de la Alhambra y el Generalife de Granada, donde hizo obras muy adecuadas e importantes. Fue nombrado y mantenido como Arquitecto Conservador de este importante recinto de 1923 a 1936, es decir, durante toda la Dictadura de Primo de Rivera, los años finales de la Monarquía y la segunda República. En los documentos custodiados en la biblioteca de la Escuela de Arquitectura de Madrid se conserva la transcripción de la contestación (nada menos que de Eugenio D’Ors, que firma como “Jefe del Servicio” y fecha en el “III año triunfal”) de la petición de dimisión en su cargo de la Alhambra, realizada por D. Leopoldo el día 12 de septiembre de 1938, el mismo día en el que se le nombró conservador de la catedral de Sigüenza. “Xenius” acepta su dimisión y dice en el oficio: “...haciendo constar en esta aceptación, la consideración debida a toda su labor de investigación y técnica realizada con el máximo celo y acreedora al mayor reconocimiento”.

¿Qué pasó con este asunto? D. Leopoldo era republicano, aunque sin actividad política alguna que los franquistas pudieran echarle en cara, que no fuera su cercanía y afinidad con la Institución Libre de Enseñanza. No obstante, debía de ser notorio su poco entusiasmo por el “Movimiento Nacional”, ya en guerra, que pasó en Soria, y, quizá, hubo un pacto (¿con el propio Eugenio



La Alhambra, Granada

d'Ors? Es bien probable): "Dimita usted como conservador de la Alhambra y se le nombra de la catedral de Sigüenza y (quizá haya que añadir) se le respeta la cátedra." Esto no es más que un supuesto de quien escribe, pero algo parecido tuvo que ocurrir. De hecho, le confirmaron como catedrático de la Escuela por oficio del 21 de agosto de 1939².

En la Alhambra y el Generalife, Leopoldo Torres Balbás, especialista como historiador precisamente en la arquitectura hispano-islámica, fue una persona fundamental, iniciando la restauración moderna y científica del conjunto. La Alhambra que hoy podemos ver es en gran medida la que él trató y restauró antes de la guerra civil³. Se vio obligado a intervenir sin mucha moderación, pues tuvo que salir al paso de algunas restauraciones anteriores, las que podemos calificar de "románticas", que eran destructivas o fantásticas, en el mejor de los casos, y que se vio obligado a retirar. Restauró el patio de los leones y el de la Alberca, el Mexuar, realizó la nueva entrada a la casa real y restauró el Patal y sus jardines.

En los pabellones del patio de los leones retiró unas fantasiosas cupulitas, inventadas por los restauradores del siglo XIX, y dándoles los perfiles que hoy podemos ver. Con ello no contradecía el principio (consagrado por la Ley, y debido a su propia influencia) de que no han de retirarse las aportaciones de épocas diferentes, pues se trataba de algo considerado como una degradación. Y esta actuación le sitúa así como un importante y lúcido antecesor de lo que los italianos llamarán, más adelante, el "restauro crítico". Algunos sectores conservadores de la ciudad de Granada criticaron estas actuaciones, siendo defendidas por el gran músico granadino Manuel de Falla.

En cuanto a sus publicaciones, los artículos fueron muy numerosos y se hallan afortunadamente recopilados y publicados. Su especialidad principal fue, como es bien sabido, la de la arquitectura hispano islámica, sobre la que publicó libros como "Arte almohade, nazarí y mudéjar" (*Ars Hispaniae*), El "Mudejarismo urbano medieval", "Alhambra y Generalife", "Artes almoravide y

2 No obstante dicha confirmación (gracias, según algunas fuentes, a la influencia de Modesto López Otero), tuvo que sufrir 3 expedientes de depuración. El primero como conservador de la Alhambra, que finalizó sin condena. El segundo como catedrático (a pesar de la confirmación de 1939, de la que existe como testimonio un oficio), que acabó también sin condena gracias a la defensa que hizo de él Emilio Canosa. El tercero fue el de los Colegios de Arquitectos, que finalizó con una solicitud de amonestación pública. Todo esto no da otra cosa que la medida del terror franquista, verdaderamente espeluznante, por el cual ni nadie ha pagado ni nadie se ha disculpado.

3 La sustitución en la Alhambra de Torres Balbás por Prieto Moreno, (arquitecto franquista muy próximo al dictador, pues fue el segundo Director General de Arquitectura a la muerte de Pedro Muguruza) se explica también por el hecho de que D. Leopoldo había corregido ya los errores de las restauraciones anteriores y encaminado adecuadamente la conservación del conjunto. Ello permitía sustituirle sin problemas por un arquitecto sin verdadera cualificación.

almohade”, “Ciudades hispanomusulmanas”, “En torno a la Alhambra”, “España Muisulmana”, “La mezquita de Córdoba y las ruinas de Medinat Al-Zahra”, etc. Pero nada de la historia de la arquitectura le era ajeno, entendía de cualquier arquitectura de cualquier período, como demuestran libros y escritos como “Arquitectura gótica” (tomo del *Ars Hispaniae*), “Función de nervios y ojivas en las bóvedas góticas”, “Granada, la ciudad que desaparece”, “Monasterios cistercienses de Galicia”, “La vivienda popular en España”, etc. Algunos libros más recientes y curiosos son el de “Epistolario de Leopoldo Torres Balbás y Antonio Gallego Burín”, o la recopilación de artículos publicada por el Colegio de Arquitectos de Madrid, en la colección “Textos Dispersos” dirigida por Pedro Moleón, y titulada “Sobre monumentos y otros escritos”.

Para terminar, citaré algunos otros datos biográficos que no se habían reseñado aún. Fue arquitecto director de construcciones escolares de la provincia de Ávila y de la provincia de Granada, nombramientos ambos de 1921. Fue desde 1923, y como ya se ha dicho, conservador de la Alhambra y del Generalife, y en 1929 fue nombrado Arquitecto encargado de la 6ª Zona de la administración de Bellas Artes para la conservación y restauración de monumentos.

Parece ser que, cuando se le aceptó la dimisión como conservador de la Alhambra y fue nombrado para el mismo cargo en la catedral de Sigüenza (ambas cosas el 12 de septiembre de 1938, lo que como dijimos parece producto de un pacto), restauró efectivamente dicha catedral, o incluso quizá la había restaurado ya, pues fue en cualquier caso en tiempo de guerra. Pero después de acabada ésta fue destituido como arquitecto de Zona de Bellas Artes, destitución que fue única entre todos sus compañeros, y ya nunca más se le encargó ninguna restauración oficial, ni de la catedral de Sigüenza ni de ninguna otra cosa. Esto es lo que ocurrió en el franquismo con uno de los mejores restauradores españoles, probablemente el mejor, y todo por el horroroso crimen de ser afín a la Institución Libre de Enseñanza. No puede descartarse que en esta increíble exclusión se produjera la intervención de los celos y ambiciones personales de algunos de sus compañeros.

Así las cosas, el estado de ánimo de D. Leopoldo después de la guerra tuvo que ser muy bajo, aunque hubiera conservado la cátedra, y en ese sentido aparecen de hecho algunos testimonios. Fue nombrado vocal del Museo Nacional de Arquitectura en 1944, cuestión que no era otra cosa que un asunto escolar. En aquellos años optó a la dirección de la “Revista Nacional de

Arquitectura”⁴, pero no se le concedió. En 1951 fue nombrado Jefe de sección del Instituto “Miguel Asín-Escuela de Estudios Árabes”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y, también, Académico de número de la Real Academia de la Historia. Nunca fue, sin embargo, académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

Como correspondía a su edad, se jubiló en 1958 y falleció el 28 de noviembre de 1960. Había muerto una de las grandes personalidades que tuvo nuestra Escuela.

⁴ Era éste el nombre que la Dirección General de Arquitectura puso a la revista “Arquitectura”, incautada al Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, y al que luego se le devolvió.